

Los años veinte y Mario Sancho

por Alfonso Chase

Viajes y Lecturas
Por Mario Sancho
Editorial Costa Rica 1972

Releer a Mario Sancho supone un goce especial, aunque en muchos aspectos uno ahora discrepe de sus planteamientos básicos. Dueño de un estilo incisivo, irónico, e inteligente hasta el sarcasmo, el enfrentamiento que el lector tiene con el libro "VIAJES Y LECTURAS" supone un deleite a la vez que un encuentro con un intelectual de acción, con un profesor nato, con un educador inquieto y con un espíritu polémico y decidido.

Mario Sancho pertenece a la generación de costarricenses que póstumamente han sido reconocidos, en sus méritos literarios y humanos, gracias a la labor inicial de la Editorial Costa Rica, labor personal de Lilia Ramos muchas veces, que se manifestó en las ediciones de libros de Max Jiménez, Yolanda Oreamuno, Mario Sancho, Manuel Argüello Mora y Anastasio Alfaro. Desde ese punto de vista, y en esa compañía, la obra de Mario Sancho se inscribe en la línea de los heterodoxos costarricenses, que con visión, y muchas veces por medios equivocados, se enfrentaron al medio de la época, polemizaron, se angustiaron y sobre todo: viajaron, como un escape a problemas personales y también por ese inquieto deseo de escapar al medio, como una razón para escapar a ellos mismos.

El caso de Mario Sancho es un caso típico de esa evasión, en una primera etapa levemente esbozada en sus "MEMORIAS", y que se hace presente en este libro que la Editorial Costa Rica, edita de manera sobria y bella, dentro de esa nueva línea que están empeñados en mantener sus actuales directivos.

"VIAJES Y LECTURAS" es una recopilación de opiniones y comentarios sobre variados sucesos de los años veinte, vistos por un hombre de una cultura vasta, de un nivel de información destacado y de un humorismo y de un cinismo encantador, allí donde el comentario se transforma en arma, delicada pero efectiva.

El libro se abre con dos ensayos excelentes sobre escritores franceses. En ambos hace Mario Sancho gala de sus propios puntos de vista con los autores, y más que un análisis de Renán y de Jaubert, en los que encuentra motivos esenciales de actualidad, se produce un proceso de identificación, bellísimo, correspondiente a la manera usual de ser del escritor, pero que desmedra un poco el rigor con que pretende enfocar la presencia de esos dos filósofos en las letras y el pensamiento. Por esos dos ensayos podría pensar uno que en el fondo Mario Sancho era sólo un humanista ramplón, con mucho de didáctica y poco corazón, pero es que en el fondo, la verdad esencial de Mario Sancho como ensayista radica en el enfoque personal, en la ruptura que establece entre su propio pensamiento y lo que analiza. En una arbitraria concepción de lo que en realidad querían decir los autores que analiza, y lo que a él realmente le dieron. El Renán de Mario Sancho es muy diferente del verdadero Renán, porque Mario Sancho tenía la cualidad —o defecto— de saturar todo lo que hacía de su propia visión personal, de su propia y divertida manera de admirar el mundo. De manera inteligente pretende darnos su visión, como la visión, en un tono profesional, él, que detestaba las academias a más no poder.

En un delicioso ensayo, que reivindica el género epistolar, se burla, en los hombros de García Monge, de la figura rimbombante y patética de Gómez Carrillo, y enfoca, con una visión que asusta, los problemas de escritor latinoamericano en lucha contra la colonización cultural. Usa varios



aspectos de la personalidad y la obra del guatemalteco Gómez Carrillo para hacer un mea culpa, y para divertirse, en una crítica despiadada, de la bohemia parisina. En un trozo dice: "Sus crónicas me huelen a carne manida, adobada, eso sí, de especias y salsas picantes, y su persona me da la impresión de un volatinero que se pasó la vida bailando en la cuerda tensa de la retórica".

El artículo prosigue en un análisis interesante sobre el papel del escritor latinoamericano, impregnado, eso sí, de su pragmatismo reciente, que lo exhibe con orgullo y hasta con satisfacción: "Si el ideal es embellecer la vida, quien planta un árbol hermoso lo sirve mejor que quien se contenta con rimar cuatro lugares comunes en elogio de ese árbol".

Y en un aparte de ese mismo artículo, revelador e ingenuamente bello, le hace un llamado a don Joaquín García Monge, como maestro de juventud, para que aparte a los jóvenes "de la compañía de los vñuelistas sensibleros y adoctrínelos en el estudio de los grandes removedores de ideas". En otro artículo de esa misma selección: "A propósito de Gómez Carrillo", en forma de epístola, le indica a don Napoleón (Don León?) Pacheco, en París, los conceptos emitidos por éste, discípulo de Gómez Carrillo, rebatiendo el conceptuoso ataque que le hizo Sancho.

En el no hace más que repetir, o hacer énfasis, en muchas de las ideas que había expuesto anteriormente, y que se repiten, sin mucha ironía, pero con un fondo profundo, sobre el destino del escritor en América Latina: "Contra estas cosas es contra lo que he lanzado mi grito de protesta en la esperanza de que una voz más autorizada que la mía despierte el interés de nuestra juventud por una literatura limpia, dominada por ideales de verdad y no por lubricidades de monos o ramplonerías de lunáticos".

En el artículo siguiente: "Una fiesta Académica en Nueva York" hace gala de un humorismo muy sajón, muy en boga en los veinte, en que se trata de ridiculizar, pero a la vez elevando lo que se critica a un nivel levemente simpático, en una técnica de contrastes efectiva y agradable. Y así transcurre el tono del libro: entre festivo e irónico, deliberadamente pesimista algunas veces, y otras con un elevado concepto moralista, de moral de profesor de colegio. Lleno de citas no reconocidas de los conceptos de Emerson y Santayana y un profundo sentido de admiración por la vida americana, en lo que esta implica el desarrollo y cultivo de una nueva moral, mecanicista es cierto, pero sana e idealizada, (todo esto antes de que empezara la gran depresión en los Estados Unidos, o se descubriera el carácter abiertamente colonialista de los Estados Unidos). La visión de Mario Sancho de los Estados Unidos es casi igual a la que podían tener mis antepasados de haber llegado un día en el Maryflower. Es de una ingenuidad rayana en la ramplonería pero obedece, estoy seguro, a la repugnancia que siempre sintió Mario Sancho por la aldea, por el círculo cerrado, por la cultura mohosa de estas tierras.

Estados Unidos, en "Viajes y Lecturas" sigue siendo la tierra de promisión, el "academios" perfecto, con universidades inmensas, con filántropos, con Manhattan, despertándose en la mañana y el rapsoda Whittman celebrando, y celebrándose entre los sonidos de las máquinas que truenan.

La visión americana de Mario Sancho está en relación directa con sus lecturas y con el cansancio espiritual que le llenaba en ese momento. Algunas veces pareciera participar de la ceguera colectiva del mundo ante el crecimiento desmesurado del capitalismo americano, pero vuelve a caer en